

## LOS PARTIDOS COMUNISTAS DE LA EUROPA OCCIDENTAL (\*)

### PREFACIO

Desde la fecha en que se escribió el original inglés de este libro, los partidos comunistas se han desplazado más hacia el centro del escenario político de Europa occidental. Han salido de la clandestinidad en Portugal y Grecia, han participado en el poder en Portugal y, una vez más, en Finlandia, y han adelantado de forma importante sus pretensiones a gobernar en Italia y Francia. Incluso el partido español, aunque todavía en el exilio, ha alcanzado un *status* semi-legal y ha entrado en alianzas políticas con otros partidos, que pronto serán legales. Esto no ha constituido un progreso homogéneo, uniforme y coordinado del comunismo europeo occidental, como pueden pensar los conservadores convencidos de que un *Comintern* oculto aún gobierna desde Moscú el movimiento comunista. Las ganancias han sido desiguales —los partidos portugués y griego resultaron tener menos apoyo del que se pensaba, e incluso el una vez poderoso partido francés continuó su larga decadencia— y para conseguirlos, los partidos se han enemistado entre sí y con Moscú. Han tenido que revisar muchas de sus propias doctrinas y abandonar otras completamente; han tenido que avenirse a muchos compromisos con sus enemigos de la izquierda y de la derecha. Sin embargo, han mantenido tenazmente su estructura interna autoritaria, antidemocrática (que adornan con el nombre de «centralismo democrático»), han continuado cooperando con los otros partidos y con los partidos comunistas de fuera de Europa occidental, y han mantenido una perruna lealtad a Moscú a través de sus largos y cada vez más agrios debates con el partido soviético. Esto es, al haber cambiado en algunos aspectos pero no en otros, han continuado proporcionando motivos para la vieja pregunta: ¿han cambiado *realmente* los partidos comunistas?

---

(\*) Autor: NEIL MCINNES. Traducción de MARÍA DE LOS ANGELES CARRASCO PAJARES. Colección «Ideologías Contemporáneas». Edición 1976. Actualmente en prensa. Aparecerá en el mes de diciembre de 1976. Título original: *The Communist Parties of Western Europe*, Oxford University Press, London, 1975.

Una respuesta de autoridad a esta pregunta viene de Moscú. Los dirigentes soviéticos consideran totalmente claro que los partidos occidentales (con la excepción del portugués, danés y de Alemania occidental) han cambiado, hasta el punto de inquietar a ideólogos soviéticos como Michael Suslov, en relación a temas como los de las libertades cívicas, la colaboración con los no-comunistas y la subordinación a Moscú. Algunos observadores occidentales desechan esta inquietud soviética como fingida, lo mismo que rechazan la revisión de las doctrinas de los partidos occidentales por mentirosa. Más razonablemente, otros observadores piensan que la separación entre Moscú y los mayores partidos de Europa occidental ha llegado ya tan lejos que deberá seguir mucho más allá, y abocar al «tercer cisma» en el mundo comunista, después de los de Tito y Mao. Pronostican que dentro de dieciocho meses o dos años, habrá una ruptura pública formal entre Moscú y los partidos de la mayoría de Europa occidental e, incidentalmente, de Japón.

Al sopesar las razones para este tipo de predicciones, primero se debe poner en claro un malentendido general. Para utilizar los neologismos admitidos, desrusificación no es desleninización y podría no ser siquiera desestalinización. Los anteriores cismáticos, Tito y Mao, han demostrado que un partido comunista puede romper con Moscú y, sin embargo, mantener una estructura leninista y una dictadura implacable. Por lo tanto, decir que un partido comunista europeo occidental está en disparidad con Moscú no quiere decir (como imaginan los críticos maoístas y los aliados socialistas) que se está convirtiendo en un partido social-demócrata, leal a lo que los comunistas aún llaman despreciativamente «democracia burguesa». Al contrario, el principal interés en la nueva línea que los partidos occidentales han adoptado es la caprichosa combinación de rasgos leninistas y parlamentarios. Los partidos se están comportando, y prometen seguir haciéndolo si consiguen parte del Poder, como partidos parlamentarios, pero insisten en mantener su estructura leninista y muchas de sus conexiones internacionales con fuerzas antidemocráticas.

Este es un proyecto tan curioso que es inevitable que levante sospechas. Esto es por lo que mucha gente llega a la conclusión de que los comunistas no son sinceros y que piensan utilizar los métodos parlamentarios sólo en tanto que ayuden a subir al Poder al partido leninista, para entonces volver a las prácticas para las que fueron estructurados por Lenin. De otro lado, nada de lo que ha sucedido desde que se publicó este libro ha disminuido su tesis de que los comunistas europeos occidentales están empeñados en una aventura confusa, más que un plan subversivo, de la que el más probable fin sea la escisión de sus partidos. Lejos de que los comunistas hagan naufragar a la democracia, será la nave leninista la que se irá a pique sobre los arrecifes de

la democracia parlamentaria. Hay que apresurarse a añadir que esto no es una predicción de la desaparición del comunismo en Europa occidental. El comunismo nunca será extirpado de las sociedades libres, porque hay tanto prestigio y ganancias, materias que obtener como representante local del superpoder soviético, que siempre habrá un partido dispuesto a sacrificarse. Además, la forma leninista de organización es atractiva para un pequeño número de europeos, porque les da una influencia y una importancia totalmente desproporcionado a su número. Sin embargo, en países como Gran Bretaña y Dinamarca, una facción insignificante es suficiente para desempeñar el doble papel de representar a la Unión Soviética y satisfacer una tendencia política desviacionista. Incluso en naciones como Grecia y Portugal, como demostraron sus recientes elecciones, un grupo relativamente pequeño es atraído por el comunismo. Al prever problemas para los partidos comunistas en su nuevo papel de organizaciones autónomas, se está pensando más en su reducción a ese nivel de importancia que en su aniquilamiento.

Algunos de los problemas con que tropezarán los partidos se han visto ya últimamente. A causa de su naturaleza híbrida, los partidos leninistas autónomos están imposibilitados para lanzarse inequívocamente a la práctica —o apoyo— de formas de gobierno democráticas, pues prefieren cultivar la situación de estar tanto en el Gobierno como en la oposición simultáneamente. Las satisfacciones y las irresponsabilidades del papel de portavoz para descontentos de toda clase, no pueden abandonarse así como así. A los burócratas que se ven tentados de cambiarlas por las delicias del Poder se les vigila atentamente por los militantes recelosos del parlamentarismo. Esto se observó cuando el partido Finés volvió al Gobierno al final de 1975 y, en la subsiguiente crisis económica, apoyó tanto la política del Gobierno como la oposición de los Sindicatos a esa política. En mayo de 1976 esta duplicidad condujo a una nueva crisis del Gabinete en Helsinki, de la que se salió manteniendo a los comunistas en el Gobierno si bien eximiéndoles de responsabilidad ministerial: se permitió a los ministros comunistas negar su participación en aquellas partes más desagradables del programa gubernamental. Aún más evidentemente, el partido portugués estaba en el Gobierno en noviembre de 1975 cuando, según una información oficial posterior, estaba organizando un golpe de Estado contra ese mismo Gobierno. Está claro, una democracia que admite a los comunistas en su Gobierno está aceptando correr un gran riesgo.

Lo mismo ocurre, algo menos evidentemente, al partido comunista que consiente llegar al Poder. El cansancio del Poder pueden dividirlo, como lo estuvo el partido finlandés en 1966-71 al participar en el Gobierno; sus divisiones empeoraron por su reciente vuelta al Poder. Una dirección comunista

que está dispuesta a trabajar con partidos democráticos y a cumplir los compromisos inevitables de todo Gobierno de coalición, corre el riesgo de ser denunciado como «revisionista» por los militantes ortodoxos, que encabezarán un movimiento separatista. Si Moscú no está satisfecho con su política, estará dispuesto a facilitar y financiar la división. Bien próximos de llegar al Poder, los partidos italiano, francés y español tuvieron una prueba de esa clase de rebelión en sus filas. Un partido comunista en el *Establishment* estaría mucho más expuesto a la fácil acusación de «capitulación ante la burguesía», especialmente ahora que la ultra-izquierda anti-comunista es un rasgo permanente del panorama político. Una división en el partido comunista es, en estas condiciones, tan probable que social-demócratas como el canciller Kreisky de Austria lo considera como la forma en que los comunistas alcanzarán su retorno a la política democrática: la mayoría del partido seguirá a los líderes parlamentarios, dejando un fleco de fanáticos incondicionales. Es decir, lo que sucedió al partido danés.

Su ruptura con el movimiento comunista internacional y su cuartel general de Moscú, también traerá problemas a los partidos. La exótica planta del leninismo nunca arraigó firmemente en el suelo occidental, y los partidos han mostrado una disposición crónica al fraccionamiento. Esto ha reclamado la repetida intervención de Moscú, instalando o apoyando una camarilla gobernante alrededor del secretario general del partido. Este personaje debe su poder a su exclusivo acceso a la información sobre el movimiento mundial, particularmente sobre las intenciones de Moscú. Una vez que el partido occidental no reconoce lealtad alguna a la autoridad exterior, el secretario pierde su privilegio. Ya no está mejor informado ni tiene más fuerza que cualquier otro miembro del secretariado. Es como si se quitase la clave a un arco; toda la estructura está amenazada. En realidad, esto es algo que podría desanimar a un partido occidental a llegar a romper con Moscú, por grandes que fuesen las diferencias de opinión: un partido leninista es incapaz de resolver sus problemas internos sin referencia a la autoridad exterior, de modo que podría continuar indefinidamente siendo deudor en alguna medida de fidelidad a Moscú, como recurso en las disputas de liderazgo.

La inquietud de Moscú sobre la evolución de los partidos occidentales (y japonés) ha sugerido la proposición maquiavélica de que los Gobiernos occidentales deberían ayudar y promover positivamente el «tercer cisma» del movimiento comunista mundial, alentando al partido local a separarse tan rotundamente como lo hicieron Tito y Mao. Se debe convenir que los Gobiernos deberían evitar que sus comunistas locales volvieran a caer en el redil de Moscú por seguir tratándolos como agentes rusos impenitentes. Es este un tema particularmente importante para los españoles. Legalizar el par-

tido de Santiago Carrillo y permitirle participar en elecciones democráticas, tendría la primera y evidente ventaja de revelar su limitado apoyo entre el pueblo español, y de este modo «reducirlo a sus propios términos», como ha ocurrido con los partidos portugués y griego. Además, aceleraría la separación del partido español de Moscú, aunque sólo fuese porque como condición para colaborar con él los posibles aliados electores que encontrase en España le exigirían una ruptura abierta; y también podría revivir las divisiones dentro del partido, que han sido encubiertas más que cicatrizadas por el inestable compromiso de 1973.

De otra parte, ir más lejos e intentar sembrar discordia en el campo comunista estaría probablemente más allá de las limitadas artes de los servicios secretos de Occidente, y podría tener un efecto de *boomerang*, como ha señalado el doctor Kissinger. Es decir, a Moscú podría irritarle un torpe intento de enajenarle aún más a los partidos occidentales, y considerarlo como una violación de la detente. Así, pues, en vez de intentar la intervención directa, los Gobiernos occidentales prefieren esperar y observar hasta qué punto los comunistas llevarán su afán de autonomía, confiando que el ansia de poder pronto los llevará al punto de ruptura.

Esta actitud más serena sobre el futuro del comunismo en Europa occidental fue confirmada, después de ser brutalmente sacudida, por los acontecimientos de Portugal en 1974-75. Antes de que las elecciones revelasen el escaso apoyo que el partido portugués tenía entre el pueblo, la brutal aplicación de métodos leninistas por el partido de Alvaro Cunhal, despertó serios recelos e incluso llevó al Departamento de Estado de Estados Unidos a considerar a Portugal virtualmente perdido para la democracia. No hay duda de que el partido portugués pretendía convertir una revolución anti-fascista en una comunista, manejar una influencia para la que no estaba autorizado, ocultar su limitada base derrochando los abundantes fondos rusos, y mantener la marcha del «proceso revolucionario» cuando ya la gente estaba cansada de agitación política. Enteramente diferente sería decir que intentaban tomar el poder y que la Unión Soviética estaba firmemente detrás en ese esfuerzo. Después de la larga dictadura fascista, Moscú podría haber tomado en serio los cálculos americanos (probablemente de la CIA) de que los comunistas podían obtener el 23 por 100 de los votos, y por esto se sintieron justificados para apadrinar un partido que podía conquistarle gran influencia en un país donde anteriormente no había tenido ninguna. Una vez que quedó al descubierto la débil base del comunismo portugués, Moscú estaba dispuesto a pactar por mucho menos. Los diplomáticos occidentales al instante comprendieron que habían malinterpretado las intenciones soviéticas y que habían dejado que sus propios temores los confundiesen. Sobre todo, se dieron cuenta de que Moscú no estaría

dispuesto a apoyar un partido comunista tanto como lo hace en otros países donde ya disfrutaba de representación establecida y en donde, en cualquier caso, estaba en buenas relaciones con el Gobierno respectivo. La gente de fuera de la Península Ibérica tiene una detestable costumbre de establecer paralelos entre España y Portugal, dos países cuyas historias (así como sus comunistas) difieren grandemente; sin embargo, al intentar imaginar cómo ve estos hechos Moscú hay que admitir un cierto paralelismo. Un partido comunista pequeño al que se permite actuar legalmente bajo la vigilancia de un Gobierno occidental que tiene buenas relaciones con Moscú (por ejemplo, la situación que existe en la mayoría de Europa occidental) es un objetivo que la Unión Soviética considera legítimo, y nadie podría confundirlo con un intento para llevar a cabo una «toma de poder» en España o Portugal.

Después de todo, Moscú sabe de sobra que el paso de cualquier nación de Europa occidental a control comunista trastornaría el equilibrio de poder en la región más crucial estratégicamente del mundo en un grado que alarmaría a los Estados Unidos y sus aliados. Eso, a su vez pondría en peligro la corriente de asistencia occidental a la Unión Soviética, de alimentos y tecnología, cuando son vitalmente necesarias. Además, implicaría a la Unión Soviética en riesgos y responsabilidades adicionales que no podría cargar sobre sus hombros. El Kremlin tendría aún más razones para cumplir las reglas no escritas de la detente porque teme que un régimen comunista en Europa occidental que evolucione fuera de su control termine infectando toda Europa oriental. El tolerar la oposición y una pluralidad de partidos incitaría a que los europeos del Este se preguntaran: «¿Si eso es posible en Roma o París, por qué no en Praga o Varsovia?». En su campaña electoral, en junio de 1976, Enrico Berlinguer dijo que el partido italiano se sentía más seguro tratando de instalar un socialismo democrático bajo la protección de la NATO, porque, como él insinuó, los rusos entonces no podrían intervenir para destruirlo. Si hay algo parecido al «comunismo con una faz humana», lo que puede dudarse y, desde luego, no demostró el régimen de Dubcek, indudablemente tendría que crecer fuera del alcance de Rusia. Mientras tanto, Rusia tiene que inclinarse a apartar a los comunistas occidentales de conquistar el Poder en circunstancias que afectasen el equilibrio de poder. Eso es totalmente compatible con la utilización de la «táctica del salchichón», o sea dejando que los comunistas occidentales consigan tanto como puedan sin molestar a los americanos, y entonces, después que el Occidente se haya habituado a ello, tomar un poquito más. Pero incluso esas tácticas pronto llevarían a una decisión estratégicamente crucial, y no hay prueba de que en ese punto Moscú apoyase a los comunistas occidentales en una empresa de azares.

Además, lo que hemos denominado la «táctica del salchichón» puede ser

considerado también desde otro ángulo como la integración gradual de los comunistas en el sistema política local. La visión conspiratoria de la Historia es popular entre los comunistas y entre sus más apasionados antagonistas, pero es una ilusión. Un partido que consiente entrar gradualmente en un reparto político nacional, cualesquiera sean sus últimas intenciones, pronto descubre que es absorbido por las exigencias de ese sistema y, sobre todo, que es tan susceptible como cualquiera de los otros participantes a las tradiciones nacionales y a las realidades estratégicas. La actual evolución de los comunistas italianos ilustra esto. Para empezar, las ventajas que obtuvieron en las elecciones de junio de 1976, simplemente completaban el proceso por medio del cual los comunistas han ocupado el terreno que ya había sido ganado hace varias generaciones por los socialistas italianos. Como se explica más adelante, el avance del comunismo fue un acontecimiento interno de la izquierda. En junio de 1976, el partido católico mantuvo su posición o, en algunos sitios, obtuvo realmente ventajas, y lo que los comunistas ganaron lo sustrajeron de los socialistas y de otros partidos de la izquierda. En segundo lugar, incluso con estas ganancias, la izquierda —y *a fortiori* los comunistas por sí mismos— todavía fue incapaz para alcanzar la mayoría. Parecía que estaba a su alcance, después de su paciente progreso de algunos años más, pero nunca podría ser mucho más de una mayoría mínima, como la que han conseguido los social-demócratas en otras partes de Europa. En otras palabras, después de treinta años de constante progreso, cuyas últimas etapas parecían dramáticamente rápidas, los comunistas han alcanzado simplemente el lugar que tenía la izquierda hace años y que hoy tiene en la mayor parte de Europa: una posición que le permitiría gobernar con política moderada, puesto que consiste en una simple y precaria mayoría, pero no con política revolucionaria como solían preconizar los partidos comunistas.

En tercer lugar, puesto que la mayoría todavía no ha sido conseguida por la izquierda italiana, el único camino de los comunistas para alcanzar el poder en Roma sigue siendo la coalición con fuerzas no socialistas. Aquí también los comunistas están siendo absorbidos dentro de una tradición italiana de hace un siglo: la práctica de adaptar la política gubernamental a las necesidades cambiantes no por los cambios de Gobierno sino por cambiar la composición de la coalición gubernamental. Los electorados británico y americano cambian periódicamente de Gobierno, pero en las democracias latinas, el electorado raramente o nunca tiene esa oportunidad. Únicamente puede variar la fuerza de los partidos en el Parlamento, de tal forma que haga inevitable, después de prolongados manejos en las antecámaras, una reestructuración de la coalición gobernante. Puesto que algunos miembros de esa coalición son virtualmente inamovibles (en Italia, los cristiano-demócratas), la reestruc-

turación no es un proceso revolucionario sino uno en el que el mayor peligro es para los recién llegados: el peligro de ser absorbidos («corrompidos», dirían los revolucionarios) por el sistema. Esa suerte ya la corrió el partido socialista italiano después de la apertura a la izquierda en 1963, y hoy amenaza a los comunistas italianos, y estará complicada por los riesgos, anteriormente mencionados, de una división en el partido.

No se puede uno referir a la idea de absorción dentro del sistema de una fuerza en otro tiempo revolucionaria sin mencionar que afecta igualmente a la defensa. Una de las realidades con que un participante en el Poder, o incluso un candidato al mismo, debe contar es la situación estratégica de Europa occidental dividida, lo que tiene como consecuencia el hecho de que la Unión Soviética sea una amenaza directa para la independencia de las naciones europeas. Esto es cierto, con independencia de quién esté en el Poder en París, Madrid o Roma. Que las naciones de esta región estén gobernadas por conservadores, por alianzas de izquierdas o incluso (*per impossibile*) por comunistas solos, todas se ven enfrentadas a la amenaza soviética, a su propia debilidad y división, y por ende a la necesidad de protección americana. El que Enrico Berlinguer utilice términos sibilinos para exponer este hecho, y que lo haga con fines de cálculos electorales, no disminuye la importancia de la concesión que ha hecho a las realidades de la situación italiana.

El proceso de absorción de los partidos antiguamente revolucionarios por las tradiciones nacionales suena muy alentador, como si los extremistas estuvieran siendo emasculados y las tradiciones nacionales inalteradas. Esto está lejos de la verdad. El principal objetivo de este libro es describir justamente lo que son estos partidos comunistas que, en las hipótesis optimistas están siendo absorbidos por las políticas de Europa occidental después de medio siglo de «exilio en el interior». En primer lugar, son partidos leninistas, todavía obstinadamente unidos a una forma de organización antiliberal, secreta y no predecible, que por fuerza ha de verse tentada a imponerse a cualquier institución a la que tenga acceso. Más aún, son partidos ideológicos que apenas han conservado del marxismo sino su retórica, su totalitarismo y su aborrecimiento del mercado libre. De este modo aportarán a cualquier sistema político al que sean admitidos como participantes regulares, nuevas tendencias de las que lo menos que se puede decir es que son irracionales y anti-democráticas.

NEIL MCINNES